

Cangrejos

"Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza"

CÉSAR VALLEJO

Poemas humanos

Mi tío Cándido se puso en huelga de hambre y su hijo Salvador quería ser astronauta, pero acabó trabajando en una pizzería italiana regentada por una pareja de guatemaltecos.

Mi tío Cándido era el hermano mayor de mi madre. Era soldador ferroviario y dejó de comer porque una multinacional había comprado la empresa en la que llevaba tres décadas trabajando y le habían despedido. A él y a otros 87 empleados más. Catalina, su mujer, llamó a mi madre para contárselo. Lloraba. Lloraba y no resultaba sencillo entenderla. Mi madre le pidió que se calmara y ella lo intentó y le dijo que primero se habían encerrado allí y que luego habían dejado de comer. No todos. Se habían encerrado treinta, quizá cuarenta empleados, pero no eran más de siete o nueve los que habían decidido no probar bocado hasta que la patronal les devolviera sus puestos de trabajo.

Fuimos hasta allí en tren. Durante el trayecto recordé la última vez que los habíamos visitado, dos veranos antes. Pasamos un fin de semana en casa de mis tíos y nos bañamos en la playa y yo fui con mi primo Salvador a buscar cangrejos entre las rocas. El sábado mi tía Catalina preparó para comer una paella que no era una paella porque en lugar de arroz llevaba fideos. Fideos finos de los que se usan para la sopa. Llevaba fideos y también algunos de los cangrejos que mi primo Salvador y yo habíamos cogido. La comida la preparó Catalina pero de los cangrejos se encargó Cándido porque a ella me daban miedo

o pena o las dos cosas. Mi tío los fue sacando del cubo de plástico en el que los habíamos metido, los limpió uno a uno debajo del grifo y, antes de lanzarlos vivos a la sartén, les arrancó el abdomen tirando con fuerza de él con dos de sus dedos. La parte extraída tenía la forma de una campana de iglesia en miniatura. Yo lo miraba con atención, apoyada en el marco de la puerta, y me preguntaba quién le habría enseñado a prepararlos. Me preguntaba eso y también quién había sido la primera persona en descubrir que había que retirar el abdomen de los cangrejos para cocinarlos. Cómo alguien pudo saber que era justo esa, y no otra parte de su anatomía, la que había que retirar antes de arrojarlos vivos al agua hirviendo. Comimos la paella que no era una paella los cinco juntos en el salón. Mi tío Cándido había trabajado aquella mañana y no se duchó, solo se lavó las manos con agua y jabón antes de tocar los cangrejos. Yo me senté a su lado. Olía a hierro fundido. Mi tía Catalina, mi primo Salvador y mi tío Cándido comieron en silencio, sin dirigirse la palabra entre ellos.

Mi tía Catalina nos recibió llorando. Por su aspecto, parecía como si no hubiese dejado de hacerlo desde la conversación telefónica con mi madre. Llegamos a última hora de la tarde y a la mañana siguiente fuimos a visitar a mi tío a la ferroviaria. Mi madre quería ir sola, pero Catalina insistió en que fuéramos las dos. Creía que si se lo pedía yo, que era una niña y su única sobrina, tal vez que entrase en razón y volviese a comer. Lo que vimos al llegar tenía un aspecto mucho menos épico de lo que cualquiera hubiera imaginado. Los trabajadores se encontraban en una explanada de tierra del tamaño de un campo de fútbol. Sobre sus cabezas cruzaban varias cuerdas de las que colgaban prendas húmedas de ropa. Había botellas de vino y latas de cerveza y muchos zapatos sobre la arena. Mi tío Cándido estaba recostado en una tumbona de playa. Era verde y amarilla y el sol había

diluido ambos colores. Su torso y su cabeza estaban en la sombra, pero se había remangado los pantalones y tenía los pies al sol. Cuando nos vio se levantó y caminó descalzo hasta nosotras. Primero me abrazó a mí. Lo hizo con mucha fuerza, apretándome contra su pecho, y luego me agarró por los hombros y estiró sus brazos hasta situarme como a medio metro de distancia para poder observarme con detenimiento. “¿Pero dónde está la niña que cogía cangrejos?”, me preguntó sonriendo. Sin esperar una respuesta, le dio dos besos a mi madre y le dijo: “Te he llamado Catalina, ¿verdad?”.

Había olvidado muchas cosas de mi tío Cándido en los dos últimos años, pero las que recordaba seguían allí. No sonreía. Solo reía. Reía a carcajadas y la boca se le llenaba de dientes y los ojos se le volvían diminutos. Sus dedos eran enormes. Se mordía las uñas. Y seguía negándose a reconocer que se estaba quedando calvo. Sobre la frente le caía un mechón de pelo fino que él se dejaba crecer hasta convertirlo en una especie de flequillo de atrezo. “No es por mí, no es eso. Es por mi hijo. Por mi hijo y por los hijos de todos ellos -- nos aseguró señalando a su alrededor --. Tenemos que hacerlo por los que vendrán detrás de nosotros”. Ni mi tío Cándido parecía un líder sindical, ni aquel lugar el más idóneo para pronunciar un discurso. Pero si le mirabas mientras hablaba, en mitad de la nada, rodeado de latas vacías y zapatos usados, con el puño en alto y dirigiéndose a nosotras con una voz que nacía grave pero que se iba volviendo frágil y tiritaba hasta romperse, como la de un niño que no se sabe la lección, o como el aullido de un lobo moribundo, o como la de un hombre que sabe que lo puede perder todo, era imposible no pensar que estaba en lo cierto. “Eso es lo que quieren, que no hagamos nada, que obedezcamos, que estemos quietos, callados... Eso es lo que quieren --repitió--, y no podemos dárselo”.

Volvimos y mi tía Catalina nos estaba esperando. Llevaba un delantal puesto y se estaba frotando las manos en él. “¿Lo habéis conseguido?”, nos preguntó. “Ya veremos, ya veremos”, contestó mi madre repitiendo dos veces las mismas palabras. “Estoy preparando boquerones”, nos dijo entonces sin dejar de limpiarse los restos de harina y huevo de los dedos. Salvador apareció por el pasillo. Llevaba el casco de su motocicleta debajo del brazo. “Desde que papá no come ella no hace otra cosa que cocinar. Esto es de locos”, protestó.

Por la noche acompañé a mi primo Salvador a la pizzería. Me dijo que si esperaba a que el restaurante cerrara podríamos cenar gratis. Y eso fue lo que hicimos. mi primo Salvador tenía dieciséis años y había pasado los últimos dieciséis años esperando a cumplir dieciséis años. Confiaba en que todo cambiaría cuando eso ocurriera porque podría trabajar y tener su propio dinero y comprar botellas de ginebra en el supermercado y alquilar películas pornográficas en el videoclub. Solo había necesitado tres meses para descubrir que estaba equivocado. “Es como esa canción --me dijo--. Ya sabes, esa canción en la que una chica y un chico se escapan de casa y roban un coche y conducen hasta la playa y se sientan sobre la arena y miran el mar, y resulta que el mar no se parece en nada al mar que habían imaginado”. Yo asentí cuando él terminó de hablar, pero lo cierto era que no tenía la menor idea de lo que quería decirme ni tampoco había escuchado la canción a la que se refería. Los dueños de la pizzería cenaron con nosotros. Eran simpáticos y bajitos. Los dos. Ella se llamaba María Elena y le faltaba un colmillo. Prepararon su pizza favorita para que la probásemos. Le pusieron jamón de Parma y aceitunas negras y alcaparras y cebolla morada y aceite de trufa. Él se llamaba Mauricio y tenía todos los dientes. No hablaba mucho, solo asentía cuando su mujer intervenía y sonreía. María Elena nos dijo que en su

país había alrededor de trescientos volcanes y que algunos de ellos todavía permanecían activos. A veces escupían fuego y cuando eso ocurría la policía cortaba las autopistas porque el asfalto se cubría de lava. También nos aseguró que Guatemala era el pulmón de América Latina y que el lago de Atitlán tenía veinte kilómetros de longitud y más de trescientos metros de profundidad. Cuando se terminó la comida, Mauricio nos sirvió a todos unos chupitos de *Cusha* para que brindáramos. María Elena continuó hablando, nos dijo que Antigua era la ciudad más bonita del mundo porque sus calles estaban llenas de vida y siempre había músicos tocando marimbas y mujeres en sillas de mimbre cosiendo mantas artesanales. Chocamos nuestros vasos. Era la primera vez que probaba el alcohol. Me supo a jengibre.

Regresamos andando. Salvador solo tenía un casco, así que agarró el manillar de la motocicleta con ambas manos y caminó a mi lado empujándola. Era tres años mayor que yo, pero casi teníamos la misma altura. Pensé que quizá por eso trabajaba en la pizzería junto a María Elena y a Mauricio. Estuvimos un rato callados y luego él me habló del espacio. Me dijo que a él, más que pizzero, le habría gustado ser cosmonauta, como Yuri Gagarin. Gagarin fue el primer ser humano en ser lanzado al espacio exterior. Llegó hasta allí montado en un cohete y dio algunas vueltas alrededor de las estrellas y después regresó a Moscú. A la cápsula en la que viajó le pusieron de nombre de *Vostok* y ahora es así como se llama una marca de relojes. Yuri Gagarin era cosmonauta y John Glenn, por ejemplo, astronauta. Los dos hacían más o menos el mismo trabajo, pero en la Unión Soviética a los astronautas los llamaban cosmonautas y en los Estados Unidos a los astronautas los llaman astronautas. Por eso mi primo Salvador quería ser cosmonauta, como Yuri Gagarin o como Guerman Titov o como Adrián Nikoláyev o como Valeri

Bykovski o como Valentina Tereshkova. Gagarin quiso regresar al espacio, pero no le dejaron hacerlo. No le dejaron porque después de su viaje los rusos lanzaron una nave tras otra y todas se fueron estrellando y nadie quería que su héroe nacional --el primer hombre en orbitar la tierra-- muriera en un accidente. El Politburó le ofreció a cambio un cargo como directivo en la Escuela de Aviación de las Fuerzas Armadas. Aceptó. Aceptó el puesto de trabajo y murió cinco meses más tarde en un accidente aéreo mientras realizaba unas prácticas de vuelo a bordo de un caza militar. Salvador me dijo que cuando falleció solo tenía treinta y cuatro años. Mi primo parecía triste por la muerte de Yuri Gagarin, pese a que el acontecimiento hubiese tenido lugar varias décadas antes de su nacimiento y a que seguramente no habría logrado acertar con la ubicación de Rusia en un globo terráqueo. Fue entonces cuando le pregunté si le entristecía la historia del cosmonauta o, por el contrario, lo que sentía era que su padre pudiese morir de hambre para que él tuviera un futuro mejor. Me dio una bofetada. Lo hizo sin detenerse, sin dejar de empujar su motocicleta. Solo separó una de las manos del manillar durante un segundo y me golpeó con ella en la mejilla. No había nadie en la calle y el impacto resonó tan fuerte que sentí que me dolía más de lo que realmente me había dolido. El resto del camino lo pasamos en silencio. Mi tía Catalina ya dormía. Mi madre estaba en el sofá, tumbada, mirando una película en la televisión. Me acosté a su lado. Estaba descalza y sentí sus pies fríos en mi espalda.

En el tiempo que duró el encierro la policía intentó sacarlos de allí al menos en cinco ocasiones. No lo lograron en ninguna de ellas. “Solo quieren meter miedo”, decía mi tía Catalina. Era como una especie de coreografía ensayada. Se movían en dos bloques, con un espacio vacío entre ambas formaciones. Tres pasos hacia delante y esos mismos tres

pasos hacia atrás. Ellos se defendían lanzando palos y piedras y prendiendo fuego a todo lo que encontraban a su alrededor, creando una barrera de llamas y humo. La policía les respondía disparándoles pelotas macizas del tamaño de bolas de golf. Eran negras y no botaban. Mi primo Salvador me enseñó una que le había regalado su padre en una de las visitas que le hicieron a ferroviaria. Mi tío Cándido mató a un agente golpeándolo en la cabeza con la rama de un carballo. De no haber sido una tragedia, a cualquiera le hubiera parecido graciosa a la situación. El agente llevaba un casco que le protegía el cráneo, pero aún así murió. Murió en el acto y los treinta y siete días de encierro y reivindicaciones se fueron al traste. Mi tío y sus compañeros dejaron de ser trabajadores reclamando sus derechos para convertirse en manifestantes violentos. Dejaron de ser un ejemplo de integridad para convertirse en delincuentes. Todo terminó de pronto, como cuando un grupo de niños está jugando al fútbol en la calle y aparece la madre de uno de ellos para decirles que ya es la hora de cenar y entonces, sea cual sea el resultado, el partido se acaba. Ni siquiera era un palo de verdad. Era la rama de un carballo y le seguían colgando hojas verdes por todos lados. Aún así murió. Aún así lo mató. Salió en las noticias y en los periódicos. El tipo se llamaba Ernesto y tenía una hija de la edad de Salvador. En la prensa se referían a él como la *víctima* y a mi tío Cándido como *el asesino*. Cuando mencionaban al resto de trabajadores, los denominaban como el grupo violento que acompañaba al agresor. Ernesto parecía un buen tipo. En la televisión sacaron varias fotografías suyas. Primeros planos en los que se le veía sin su casco y planos generales jugando en la playa con su hija o caminando de la mano de su esposa.

Era un buen hombre y se estaba quedando calvo.

Mi tío camino también.

Mi madre no tenía carné de conducir, pero aún así acompañó a mi tía Catalina a la comisaría porque le daba miedo que ella condujese sola hasta allí. Salvador no fue a trabajar. Llamó a la pizzería y le contó lo ocurrido a María Elena y ella le dijo que se tomase unos días libres para estar junto a su madre. Subimos al piso de arriba y me enseñó los trenes. Su padre trabajaba fabricando trenes de verdad y su tiempo nivel lo dedicaba a montar los trenes de juguete que compraba por correo postal. El cuarto estaba lleno de cajas abiertas de las que sobresalían vías y vagones formando amasijos metálicos. Era como si se hubiera producido un descarrilamiento en miniatura. También tenía revistas. En algunas portadas aparecían locomotoras clásicas y en otras ferrocarriles modernos. Solo había una bombilla en medio de la estancia. No tenía interruptor, para encenderla había que tirar de un pequeño cordel que nacía directamente del casquillo, como ocurre con las cisternas de los bares de carretera. Debajo de la luz se encontraba una pista circular con un tren de seis vagones de color crema. Lo que más me llamaba la atención eran las figuras colocadas junto a las vías. Muñecos pintados a manos de personas que se despedían de los viajeros. Había incluso un perro tumbado a los pies de una señora que se cubría del frío con un abrigo gris marengo, o un chico joven que -- pese a no avanzar ni un solo milímetro-- parecía correr desesperado, intentando alcanzar un convoy que una y otra vez se marchaba sin él. Salvador lo puso en marcha y estuvimos un rato en silencio, mirándolo dar vueltas y más vueltas. "Ahora todo esto es mío", me dijo. Lo dijo como si en lugar de un montón de cajas llenas de juguetes se estuviera refiriendo a cientos de hectáreas de tierra virgen. "¿Y qué piensas hacer?", le pregunté. "Tirarlo -- respondió--. Odio los trenes".

Nos marchamos tres días más tarde. No había mucho más que pudiéramos hacer allí. Catalina nos llevó a la estación. “Tendré que acostumbrarme”, nos dijo. Se refería a circular por la autopista. Nos lo dijo un poco a nosotras y un poco a ella misma. Conducía un *Volkswagen Corrado* con los asientos verdes. Parecían de terciopelo y fui todo el trayecto acariciándolos con la palma de mi mano. “Sois mi familia, ¿me has oído? -- le decía mi madre -- . Él es mi hermano y tú también eres mi hermana. Todo va a salir bien”, le repetía una y otra vez. Y Catalina asentía, con los nudillos alrededor del volante y los ojos encharcados. Asentía sin escuchar, como un autómatas al que han programado previamente. Llegamos a la estación y ella se empeñó en esperar a que comprásemos los billetes. No quería marcharse hasta comprobar que había asientos libres en el siguiente tren. Bajó mi madre y nosotras nos quedamos dentro del coche. Estaba estacionado en doble fila, con las luces de emergencia puestas. En el salpicadero un piloto luminoso se encendía y se apagaba constantemente, como un corazón bombeando sangre. Desde el lugar en el que nos encontrábamos podían verse las vías. Mi tía Catalina las miraba de reojo, sin girar nunca la cabeza hacia ellas. “¿Por qué no avisan cuando aparecen?”, preguntó de pronto. La miré sin entender nada. Con un movimiento de su barbilla me señaló una farola situada a una veintena de metros. En ella alguien había pegado un cartel en el que pedía ayuda para encontrar a su gato. “Nunca dicen si han aparecido -- continuó --, ponen los carteles y los dejan ahí un día y otro más y una semana o un mes. Y así es imposible saber si el animal ha regresado o ha muerto o simplemente no han vuelto a saber nada más de él. Si te hacen partícipe de su preocupación, lo justo sería que también compartieran contigo su alegría si todo se resuelve, ¿no crees?”. Me miró esperando una respuesta. “Supongo que...”, comencé a decir. Quién sabe lo que pretendía contestar. Confiaba en que salieran las paradas adecuadas, pero no salieron.

No hablamos más. Permanecemos en silencio mientras esperábamos a que mi madre regresara. El motor continuaba encendido y Catalina sujetaba con firmeza el volante con ambas manos, como en esas películas en las que se produce un atraco y hay un conductor profesional que espera a sus compañeros para darse a la fuga y escapar de la policía.

Pensé en Yuri Gagarin.

Y en la perra envenenada.

Y en los volcanes en erupción de Guatemala.

Y en las figuras pintadas a mano.

Y en mi tío atrapado en una celda rectangular.

Y en quién se encargaría de cocinar los cangrejos durante su ausencia.